

ANA DE ORBEGOSO, ARTISTA VISUAL

Las licencias de la creación

Memoria, identidad e historia son los ejes de un trabajo que apunta hacia el balance entre la necesaria crítica de la realidad, un sentido estético que no se restringe a lo bello y el manejo preciso de la técnica.

Escribe CÉSAR CHAMAN

EN la periferia de Lima, un silencioso cementerio popular enclavado en los cerros puede tener más color que los barrios que lo circundan atestados de gente. Paradoja y coincidencia, los verdes, los rosas y los tonos celestes de los nichos contrastan en bloque con el gris uniforme de la pobreza. Pero hace falta tener mirada de artista para captar la señal de que algo está pasando por todos lados.

Sin adornos y con el apoyo dosificado de la técnica, la propuesta visual de Ana de Orbegoso posa la mirada sobre los temas de la identidad, la memoria y la intimidad. Sus series fotográficas—lo mismo que sus intervenciones—, juegan en principio a hacernos repensar el pasado y sus repercusiones, precisamente porque alentar la reflexión es una de las tareas del artista.

En un tránsito que va desde la modificación simbólica de fotografías familiares, para fabricar recuerdos de infancia entre quienes nunca los tuvieron documentados, hasta la doble exposición a la luz para lograr el efecto de cuerpos traslúcidos, en el trabajo de la artista se percibe como una constante la idea de las dimensiones paralelas, aquellas que no solo admiten sino que generan más de una interpretación.



EN PROCESO. El arte consigue mirar a través de las murallas mentales, afirma Ana de Orbegoso.

Virgenes Urbanas, por ejemplo, reelabora la iconografía sacra de la conquista—en tanto objeto histórico— y se apropia de ella colocando rostros mestizos en reemplazo de las virgenes de rasgos europeos y piel blanca. De Orbegoso añade así otra capa de pintura, un paralelo más a la sucesión de imposiciones y resistencias en torno a la invasión, que comenzó con la extirpación de la idolatría y continuó con el camuflaje de lo autóctono en las imágenes que adornaron las iglesias fundadas por los españoles en América.

Pero no se limitó a recrear las formas sino que sacó a las

nuevas virgenes a caminar por las calles para provocar reacciones. Así, esta serie recorre el país desde 2006, con la intención de poner en valor nuestra propia cultura—explica la artista—, en el mismo sentido en que hicieron los conquistadores, cinco siglos atrás, como propaganda de sus intereses.

“Creo que la palabra ‘propaganda’ a secas remite a un concepto rígido, a algo que impide la apertura de la mente. Es cierto que existe un tipo de arte más pegado a la propaganda, como la iconografía religiosa, y hay otro que tiene un horizonte más amplio, que te propone hacer

tu propia interpretación de los hechos. Mi trabajo está en esta segunda vertiente”.

EL MENSAJE DE LO BELLO

“Para mí, hacer arte es conversar visualmente”. Ana de Orbegoso revisa en su computadora portátil los detalles de su próximo trabajo: un video que relatará la vida y padecimientos de la última princesa inca. “Digo lo que pienso, pero es importante exponer las ideas y no imponerlas. En cualquier caso, lo relevante es que el arte abra un cuestionamiento en algún sentido, que puede ser político, místico, emocional o psicológico”.



VIRGEN DE LA MERCED. La reelaboración de la iconografía religiosa de la Conquista es una constante en la propuesta para valorar el aporte de lo peruano.



CONTRASTE. Apenas tratado con el apoyo de la tecnología, el color resalta la geometría de un cementerio popular. Al lado, la vida tiene un panorama gris.

En La Pared Invisible, precisamente, la artista explora las dimensiones de la intimidad, ese espacio interior que los seres humanos tratamos de ocultar a toda costa por temor o prejuicio. Las murallas pueden ser de concreto o estar compuestas de conductas y disfraces; sin embargo, no son lo suficientemente gruesas como para impedir la mirada penetrante del arte.

En estas épocas, el arte dejó de ser un conjunto de piezas bellas para ser observadas seguramente en una galería o un museo. “Hoy, el mensaje no puede ser solo la belleza, la obra tiene que cuestionar la realidad”, apunta Ana, mientras revisa fotografías de su serie Partículas, en la que incluye las tomas del cementerio colorido.

“Además, lo estético va de la mano con el concepto; un artista piensa la pieza que está creando. Por eso, cuando una imagen brota de la improvisación, el resultado es muy obvio. Ni siquiera la belleza es improvisada; a mí, particularmente, me gusta investigar y profundizar los temas que trato de expresar”.

En la relación, entre el sentido crítico y el carácter estético, un elemento complementario es el de la técnica, cuyo potencial, en el caso de la fotografía y el videoarte, se acrecienta con los recursos del *software* y las computadoras. “Pero incluso la técnica debe tener un límite—opina De Orbegoso—; no puede ser más grande que el concepto, pues de otro modo perdería su condición de herramienta que ayuda a moldear una imagen. Y ya es conocido que un trabajo con exceso de laboratorio tiene más de técnica que de concepto. Al menos yo estoy interesada en que exista un balance entre lo conceptual y lo técnico en el objeto final”.

ESCUCHAR AL PÚBLICO

“¿Cómo te enteras de que tu mensaje ha sido captado?”, le pregunto. En la sala de su departamento en Miraflores, Ana de Orbegoso tiene varias de sus obras reproducidas en gran formato. Dos de ellas corresponden a la serie Apuntes sobre un mundo paralelo, que desarrolla visiones acerca de



CALLE. Caminata de las virgenes urbanas de Ana de Orbegoso.

«VIRGENES URBANAS, POR EJEMPLO, REELABORA LA ICONOGRAFÍA SACRA DE LA CONQUISTA Y SE APROPIA DE ELLA COLOCANDO ROSTROS MESTIZOS EN REEMPLAZO DE LAS VIRGENES DE RASGOS EUROPEOS Y PIEL BLANCA. DE ORBEGOSO AÑADE ASÍ UN PARALELO MÁS A LA SUCESIÓN DE IMPOSICIONES Y RESISTENCIAS EN TORNO A LA INVASIÓN, QUE COMENZÓ CON LA EXTIRPACIÓN DE IDOLATRÍAS».

la fragilidad de la existencia a partir de formas trabajadas con maniquíes. En una de esas imágenes, el mensaje latente es el de la presencia, el “aquí estoy”, el “yo soy” simbolizado en un conjunto de manos plásticas, estiradas y encogidas sin un orden preciso. El contorno que delimita la escena es la silueta de Sudamérica.

“A veces te van saliendo cosas que no están completamente premeditadas”. ¿El ‘yo personal’ es como íntimo y el ‘yo sudamericano’ es más político? “Exacto, esto comenzó como una cuestión individual y terminó dando un mensaje más global”.

Ana es de las artistas que camina entre el público de una galería para escuchar qué dice sobre su trabajo. “Cuando la muestra está puesta, me gusta ir al espacio de exposición—sin que se entere la gente, por supuesto—, pararme por ahí y observar sus reacciones”.

Tanto por los comentarios directos como por los gestos y por el tiempo que se toman las personas en la apreciación de un trabajo en particular, la artista ha aprendido a diferenciar si su mensaje ha calado en la audiencia o no. Es una técnica riesgosa, por cierto.

“Otra forma que me parece fabulosa es tener siempre un libro de visitas para que la gente escriba sus comentarios. Una obra que no tiene interacción con el público estará siempre a medias. El libro es muy antropológico y te permite enterarte de qué sensación causó el trabajo. En realidad, a la gente le gusta expresarse”.

Por razones que no sabe explicar, Ana no tiene foto-

grafías de cuando era pequeña. Quizás no se las tomaron nunca, o tal vez se perdieron en el camino. Pero, de tanto en tanto, esa ausencia le impedía retomar al pasado en imágenes. Entonces recurrió a lo suyo, al arte, para inventarse un álbum de recuerdos infantiles a partir de fotos de sus hermanos en tiernos momentos familiares.

Pudo haber hecho lo mismo que con Virgenes Urbanas, es decir, reemplazar con precisión los rostros de los personajes para dar paso a una realidad alternativa procesada a su gusto; sin embargo, optó por colocar fotos de ella misma de adulta en los cuadros, a manera de un *collage* forzado, con gestos de alegría, sorpresa o molestia. Algo no calza en la escena. “Utilicé la serie para calmar mi espíritu, literalmente me hice terapia con ese trabajo”.

“No tengo fotos de mi niñez y en algún momento, siendo adulta, sentí la pégala emocional y me dije ‘No estoy documentada’. Ahí te empiezas a cuestionar: ¿por qué mis padres no me tomaron fotos? Cuestionas incluso el cariño que te tuvo tu familia y hasta si realmente existes como persona, porque sin documentación, nada existió”.

De allí partió la idea de “fabricar recuerdos” para inmigrantes en Estados Unidos que no tienen la posibilidad de regresar a sus países ni compartir la vida con sus familias. Ana pasa una temporada en Lima y otra en Nueva York y allá conoció a una centroamericana que padecía, entre otras cosas, por no tener al menos una foto con su hijo y su madre, que seguían en Costa Rica. “Tanto sufría que un día le tomé a ella una foto y le pedí que le enviaran por correo una de su hijo y su madre. Con las dos imágenes armé un cuadro en el que todos lucen contentos. Luego ofrecí lo mismo a otras familias y muchas aceptaron”.

“Por sencilla que parezca, una imagen puede borrar la ansiedad y poner en medio de la distancia un poco de tranquilidad”, comenta Ana, segura de que el arte tiene un gran poder terapéutico. Reelaborar el pasado para transformar el presente es solo una de las licencias de la creación.